

Extravagancia, impostura y trabajo

Introducción al segundo capítulo de la autobiografía de Donald Shaw

Considerado uno de los hispanistas norteamericanos de mayor prestigio, RANDOLPH D. POPE es profesor de la University of Virginia y, como todo el mundo sabe, pionero en los estudios de nuestra especialidad, que emprendiera con La autobiografía española hasta Torres Villarroel, su tesis doctoral publicada hace ya tres décadas.

HAY NUMEROSAS Y DIVERSAS razones por las cuales una autobiografía ejerce una fascinación especial, diversa de otras construcciones verbales, por mucho que una línea narrativa, la necesaria selección de acontecimientos, la utilización de un archivo cultural, la prodigiosa intertextualidad que desborda todo escrito y una formulación en que se entreteje todo tipo de recursos retóricos la haga participar de los atractivos de la ficción. No hay duda de que la novela no está replegada sobre sí misma, sino que al actualizarse en la lectura, donde todo texto encuentra su precaria existencia, los lectores se prestan a una forma de intercambio en la cual por una parte se incorporan al mundo ficticio y por otra hacen circular lo que allí encuentran en las calles de Vetusta o Macondo por una economía o sistema de recuerdos propios, de emociones, valores y referencias que a pesar de ser privados forman parte del gran proceso por el cual una cultura se conserva y transforma, pues no debe pensarse en su estática persistencia sino en una constante reconfiguración, que también incluye el aburrimiento y el olvido. En el caso de la autobiografía, se añade como un suplemento, que resulta al cabo fundamental, el cuerpo de quien la ha escrito, insistiendo que hay una correspondencia estrecha entre las palabras y la vida. El gran público, que suele ser sensato, se interesa en este vínculo que la crítica más refinada suele soslayar o ignorar, como si fuera simplemente el reflejo de una ingenua concepción de la verdad que conviene deconstruir o una manifestación más de la tendencia al chisme y el placer del escándalo. Pero por algún motivo los grandes investigadores de la interioridad psicológica, Freud por cierto, pero también Kierkegaard, Nietzsche y Unamuno, entre otros, escogieron con frecuencia la forma autobiográfica como para reiterar que los problemas y placeres de esta exploración no eran un simple pasatiempo o elucubración abstracta, sino que en ello se les iba la vida, apenas entrevista con los insuficientes recursos de la palabra. Pues al cabo es este conocimiento interrogante, de nosotros mismos y de los demás, el que hace de la lectura de la autobiografía una actividad que nos interesa, en la cual reconocemos que apenas conocemos a otras personas y que nosotros mismos, bien mirado, somos un confuso misterio. No habrá al final de una autobiografía una escena en la biblioteca de la mansión campestre en la cual todo se revele, como

en las clásicas novelas de detectives, pero sí al menos vislumbres de cómo ha sido o cómo se piensa que ha sido, que para el caso da lo mismo, la vida que otros recuerdan.

Al comenzar a leer, entonces, el capítulo segundo de la autobiografía hasta ahora inédita que el ilustre hispanista Donald Shaw escribió para su hija italiana (traducido aquí del inglés por el mismo autor), nos encontramos en una situación del todo característica: ¿Qué puede sernos más familiar que el deseo de contar a nuestros hijos quiénes fuimos antes de que nos conocieran, o incluso cuando ya nuestras existencias llegaron a coincidir, lo que hicimos fuera del ámbito de su percepción? Podría decirse que necesitamos darle cuerpo a nuestra historia, que el olvido va tornándose espectral. ¿Y qué más natural que tratar de averiguar quiénes fueron realmente nuestros padres, cuáles sus orígenes, afanes, aventuras y caminos hasta llegar a ser la persona que a su vez nos dio el ser? Así pues, nos asomamos a una situación familiar, como *voyeurs* cuya curiosidad se incrementa debido a que el autor es ya bien conocido, el ocupante de la cátedra Brown Forman de literatura latinoamericana en la Universidad de Virginia y por lo tanto mi admirado colega y el autor de una gran cantidad de artículos y de dieciséis libros entre los cuales pueden mencionarse los siguientes como indispensables: *A Literary History of Spain: The Nineteenth Century* (Londres, 1972, con traducción al español en Barcelona, 1973, con trece ediciones hasta hoy); *The Generation of 1898 in Spain* (Londres, 1981, con traducción al español en Madrid, 1977, también con numerosas ediciones); *Nueva narrativa hispanoamericana* (Madrid, 1981, que se encuentra ya en la sexta edición), y otros libros sobre Borges y la literatura latinoamericana del postboom. Shaw es bien conocido en el campo internacional como un polemista brillante y entre nosotros tiene merecida fama de magnífico profesor y de colega con una generosidad a toda prueba. La autobiografía, sin embargo, cuando funciona, supera con creces el currículo y confiere vida a los datos dispersos, a una maestría de la Universidad de Manchester, a un doctorado de Dublín, abriéndose hospitalaria a las preguntas que no por ser usuales se desgastan: ¿Cómo se llega de Inglaterra a Virginia?, ¿por qué

se dedica una vida a la literatura en español, cómo era el sistema educacional de entonces? Y, sobre todo, ¿cuál ha sido el sentido de esta vida que en su dispersión entre Inglaterra, Italia, Estados Unidos y Latino América deja traslucir la desazón de los eruditos trashumantes medievales a la vez que el desarraigo posmoderno? (La expresión, *el sentido de una vida*, nos permite observar que en este caso no se trata tan sólo de una dirección sino principalmente, aunque en forma más soterrada, del sentido, vista, tacto, etc. que fueron dejando las mayores impresiones.)

El colegio, el ejército y la universidad, vista como estudiante y profesor, son las instituciones que emergen en este período de formación que Shaw describe aquí. En el capítulo anterior ha tratado de su familia (padre, madre y hermano mellizo), y en los siguientes hablará de su esposa y de su carrera universitaria en Gran Bretaña y los Estados Unidos. En lo que se puede leer aquí, sin embargo, se pueden apreciar bien tres preocupaciones fundamentales de la construcción de su personalidad y se pueden leer, entre otras, varias escenas magistrales que deseo comentar brevemente.

Extravagancia, impostura y trabajo son ideas claves sobre las cuales Shaw recuerda su vida. En este caso extravagancia está relacionada con ese gusto inglés por la excentricidad que es acaso parte de la identidad nacional para quienes la diferencia con el continente es garantía de independencia y continuidad. Así veremos no sólo a un maestro en la escuela que enseña un español deslumbrante e inusitado, sino también una serie de profesores universitarios que tienen más de farándula que de academia. Pero es acaso ese deslumbrante momento en que el estudiante de instituto, el joven Shaw, se encuentra a solas ante el temido examinador venido de la universidad y le demuestra, dejándolo atónito, su conocimiento detallado de una novela de Palacio Valdés, lo que revela que hay una cierta soledad en lo excepcional y, a medida que se van abriendo las puertas se va también ampliando una distancia de los orígenes, como si fuera un camino de audaces separaciones más que el ingreso a un cómodo club social. Acaso esta experiencia ha hecho que su crítica tenga la radical independencia del francotirador y no

subordine jamás al compromiso una opinión lúcida y bien pensada.

En un inolvidable episodio, Shaw, enfrentado al entrevistador que va a determinar su lugar en el ejército, utiliza el poder de la literatura para ser admitido entre los oficiales. La anécdota muestra no sólo su poder de observación y análisis, pues lo salva el acertar con el registro lingüístico perfecto, sino también una inquietud sobre la legitimidad de sus conquistas. En el ejército tendrá éxito por accidente en unas maniobras y su talento de educador le será más útil que el militar. Más adelante recibirá un trabajo por razones que poco o nada tienen que ver con sus virtudes académicas, revelando una arbitrariedad social que nos recuerda a la picaresca. Pero esta visión disolvente va quedando corregida una y otra vez, como lo fue antaño en la de Torres Villarroel, por la evidencia de un trabajo infatigable y ejemplar. Esta es la virtud, el trabajo, que al final se afirma como el fundamento elegido de su vida, en oposición al privilegio y la comodidad que ve en su entorno. Sus muchas publicaciones son testimonio de que no se trata de un gesto vacío, sino de una creencia puesta en práctica. En la universidad de Virginia es legen-

daria la luz de su oficina encendida hasta tarde, incluso los fines de semana.

Pero quizás la escena más memorable de esta autobiografía lo resume todo, cuando Shaw cuenta cómo trabaja en un hospital para conseguir dinero con que ir a hacer sus investigaciones literarias en España. No quiero adelantar mucho de lo que ocurre para no quitarle a los lectores el placer de la lectura, pero baste decir que se trata de buscar un cuerpo entre la nieve. Este cuerpo extraviado, extravagante a su manera, no representa tan sólo la ineficiencia de todo un sistema, parte de la impostura social, sino también el esfuerzo por recuperar de la página en blanco —el patio cubierto de nieve— la vida que ya pasó. Se trata, claro está, de una magnífica anécdota, y no quisiera disminuirla al transformarla en alegoría. Pero Shaw mismo anota que la cuenta con frecuencia a sus alumnos para que se den cuenta del trabajo que tuvo que hacer para llegar a ser un hispanista y creo que puede legítimamente transferirse al trabajo que cuesta llegar a ser un autobiógrafo y darse vida a sí mismo con la palabra, objetivo que aquí queda plenamente conseguido.